

Nº
35

ASIMPRES INFORMA



ASOCIACION GREMIAL DE IMPRESORES DE CHILE



**¡ADIOS
NASCIMENTO!**

LA DINASTIA NASCIMENTO



in duda, muchos se preguntarán por qué la Asociación de Impresores de Chile le dedica un número especial a un editor. Los editores, por su parte, tal vez crean que queremos arrebatarnos una persona señora.

Antes de entrar en explicaciones, diremos que nos duele como chilenos que la desaparición de la Editorial Nascimento no haya estado en primera plana de todos los diarios y de todas aquellas revistas que se precian de cultas porque regalan libros.

Pero, ¿por qué Aimpres?

Podría ser suficiente razón el hecho que don Carlos George-Nascimento padre haya sido el único firmante del acta de fundación de Asimpres, en 1930, que siempre continuó como asociado activo y que Carlos George-Nascimento hijo haya sido el directivo de nuestra organización que durante más largo tiempo haya permanecido ocupando cargos de alta responsabilidad y cuya labor gremial fue una constante en toda su actuación.

Al margen de estos hechos, de por sí significativos, nos impulsan dos razones todavía más esenciales.

La primera, es que los Nascimento reanudaron la más pura tradición de los primeros impresores. Gutenberg, inventor del carácter tipográfico individual fundido en plomo y considerado como el padre de la imprenta, abrió las puertas a la posibilidad de componer con rapidez y responder así a una fuerte necesidad que no conseguían satisfacer copistas ni impresores xilográficos. A partir de aquel momento, y durante siglos, existieron hombres cultos y de gran sentido artístico quienes, gracias a esta revolución tecnológica, montaron talleres donde se editaban, imprimían y vendían libros. La vocación era una sola: servir a la cultura. Por siglos, en la portada de los libros figuraba la imprenta, reemplazada posteriormente por la librería. Un texto clásico impreso en 1806 dice en su portada: "Donde M. BARBON, impresor-librero". Idéntica vocación y realidad fueron las de Carlos George-Nascimento, padre e hijo, cuidando no sólo el fondo sino también la forma, lo que dio a cada uno de sus libros un sello inconfundible. La segunda razón es que don Carlos padre fue, como editor, el auténtico editor, el que responde al origen latino de la palabra que significa "sacar a luz".

Descubrir, sacar de las tinieblas lo que merece conocerse: el escritor; el poeta, el pensador, el ensayista que, por su originalidad, su profundidad y su estilo van a enriquecer el legado de la humanidad. He aquí un don poco común, un don a menudo aplastado por errados razonamientos económicos.

Las páginas siguientes nos recordarán esta ejemplar faceta de la Editorial Nascimento.

Nascimento logró conformar el perfecto trinomio imprenta-editorial-librería, donde cada uno de los términos buscaba la perfección.

Es a esos auténticos impresores-humanistas, Carlos George-Nascimento padre e hijo, a quienes "ASIMPRES INFORMA" quiere rendir un merecido homenaje.

50 AÑOS DE LITERATURA CHILENA



Las Azores, conjunto insular en la inmensidad del Atlántico, sir-

vió durante siglos como punto de recalada a los barcos que navegaban desde Europa hasta el Nuevo Mundo trayendo a descubridores y conquistadores primero y a los colonizadores después. Diríase que su espíritu recibió desde la infancia la vocación descubridora. ¿Qué de extraño puede ser, entonces, que una vez en estas tierras experimentara la inquietud por descubrir y dar a conocer talentos vírgenes? Su acción editora permitió el nacimiento de valores que después recibirían reconocimiento imperecedero, como varias decenas de premios nacionales y dos premios Nobel.

Aunque podría parecer rebuscado, tampoco deja de resultar sugestivo que sus primeros diez años en Chile los haya vivido en una ciudad cuyo nombre encierra profundas connotaciones: Concepción. Comenzaba el postrer cuarto del siglo XIX, cuando en 1875 se fundó en Santiago la Librería Nascimento. Quien le dio vida fue un ciu-

dadano portugués llamado Juan Nascimento.

Diez años después de la fundación de la librería, nacía arrullado por las olas del Atlántico el menor de una familia de once hermanos: Manuel Carlos. El tío "indiano", el de la librería, escribía periódicamente a sus parientes en las Azores para incitarles a tentar suerte como él en estos confines del mundo. Corría 1905 cuando el joven Carlos desembarcaba en nuestras costas y se establecía en Concepción. La alitiva capital pencona fue su hogar durante más de una década y le brindó a una de sus hijas, Rosa Elena Márquez, para ser la compañera de su vida. Posiblemente, la existencia entera de la nueva familia Nascimento-Márquez habría transcurrido en las húmedas márgenes del río Bío Bío a no mediar el fallecimiento, en 1917, del tío Juan en Santiago. Cuarenta y dos años de prestigio conferían a la librería una solidez comercial respetable.

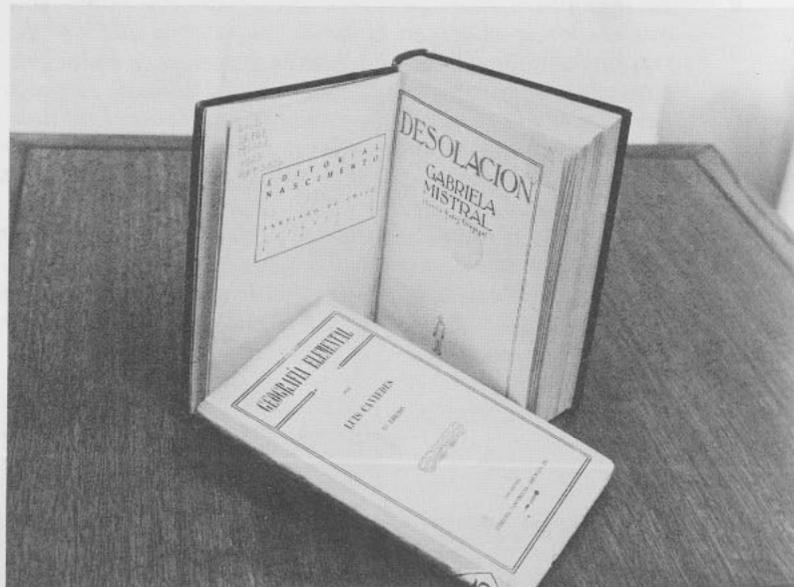
Una corazonada le hizo anhelar la propiedad del establecimiento. Había otros herederos. Dedicó, pues, sus esfuerzos a pagar a los demás la cuota que les correspondía

y así asumir la propiedad del negocio.

No había transcurrido mucho tiempo cuando se entregó a la tarea de editar impulsado por una fuerza incontenible. Su primer título fue la "Geografía Elemental" de Luis Caviedes. Para sorpresa suya y de sus amigos, la obra se vendió con rapidez y le significó utilidades. Fue, sin duda, el tónico que necesitaba (¿lo necesitaba?) para lanzarse adelante.

En aquel momento, entró a su mundo un novel ingeniero que había empezado a destacar por sus artículos cargados de humor y certera visión de la actualidad en el diario "La Nación". Era Raúl Simón, más conocido entonces por el seudónimo de César Cascabel. Fruto de largas conversaciones entre ambos fue la aparición, en 1918, de "El Hermano Asno", novela original de Eduardo Barrios. Aquel acontecimiento marcó un hito en la historia literaria chilena pues, hasta entonces, los escasos intentos editoriales se habían enfocado en otra dirección.

Recordemos los nombres del granadino Rafael Jover, quien durante



La "Geografía Elemental" de Caviedes fue el primer libro editado por Nascimento. "Desolación" de Gabriela Mistral fue la obra que inauguró la imprenta propia. Ambos volúmenes se conservan en la Biblioteca Nacional, donde fue captada esta fotografía.

Todo parece predestinado en Nascimento. Desde su apellido (en portugués, nacimiento), hasta el lugar en que vio la luz por vez primera: el archipiélago de las Azores.

el último tercio del siglo pasado editó gran cantidad de obras históricas, entre cuyos autores sobresalen Vicuña Mackenna y Barros Arana, este último con su monumental **"Historia General de Chile"**. Más tarde, fueron los hermanos Roberto y Guillermo Miranda quienes llevaron a cabo una eficaz labor editorial, principalmente en los campos jurídicos y de la narración histórica. Pero en el aspecto puramente literario, las pocas creaciones que habían llegado a imprimirse lo habían sido gracias a duros sacrificios de sus autores o a la generosidad de algún benefactor.

A partir de **"El Hermano Asno"**, nada ni nadie contuvo el aluvión. Aparecieron **"La Señorita Ana"** de Rafael Maluenda, **"Cien Nuevas Crónicas"** de César Cascabel y el primer volumen de cuatrocientas páginas que brotaban de la flamante editorial: **"Poesías"** de Pedro Antonio González, en una recopilación de Armando Donoso.

El crecimiento impone sus leyes y Carlos George-Nascimento da un nuevo y decisivo paso adelante al

convertirse en impresor. Fue así como, en 1923, instaló su taller en la calle Arturo Prat. Para ello, debió destinar la mayor parte del espacio de su propia casa con las consiguientes incomodidades familiares. Pues bien, el primer libro publicado en sus propios talleres fue la colección de poemas originales de una oscura maestría recomendada por Eduardo Barrios. Así apareció **"Desolación"** de Gabriela Mistral.

Algún tiempo después, también a sugerencias de Barrios, las prensas de la calle Arturo Prat entregaron otra primicia: **"Crepusculario"** de un tal Pablo Neruda.

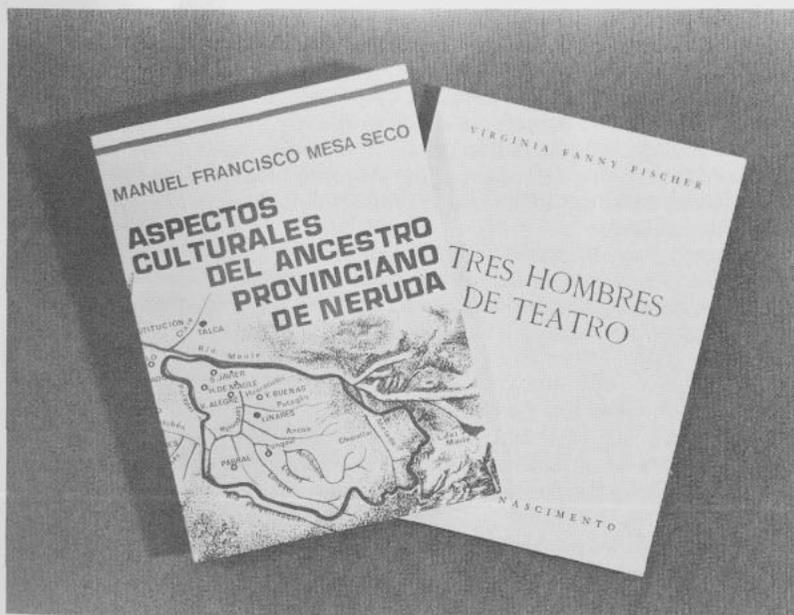
En forma paralela con estos logros sucesivos, la tertulia literaria que se congregaba en la librería se había transformado en una sólida institución intelectual santiaguina. Entre sus asiduos se contaban Enrique Molina, Guillermo Feliú, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Luis Durand, Fernando Santiván, Augusto D'Almar... Las omisiones resultan inevitables. En esas conversaciones se gestó el embrión de una parte sustancial de la creación literaria chilena de más de medio siglo. Algunos de estos escritores

aconsejaban a don Carlos sobre nuevos títulos y autores. Ningún desconocido encontró cerradas las puertas; se le pedía originales, y sólo después de haberse aquilatado sus méritos intrínsecos, se decidía o rechazaba la publicación al margen de consideraciones comerciales.

La obra de Carlos George-Nascimento entre nosotros fue de tal magnitud que, sin miedo a errar ni exagerar, afirmamos que la historia literaria chilena habría sido por completo distinta sin su intuición visionaria y su acción desinteresada. Más de seis mil títulos, muchos de ellos reeditados varias veces, respaldan este aserto.

Don Carlos falleció en Santiago el 12 de enero de 1966. Durante casi veinte años, su hijo homónimo prosiguió la tarea paterna hasta que, por imperativos de la revolución tecnológica y la vigencia de nuevas técnicas de mercadeo, propias de nuestra época, debió cerrar en noviembre recién pasado. La librería había cumplido 110 años, y la editorial, 67.

Un capítulo esencial se ha cerrado. ¿Habrá quien escriba el siguiente con parecido acierto?



Alfa y Omega, principio y fin. En la imagen apreciamos las dos últimas ediciones de Nascimento, hace sólo algunas semanas. Entre una y otra foto, ha transcurrido más de medio siglo de literatura chilena.

¿POR QUIEN DOBLAN LAS CAMPANAS?



Carlos George Nascimento (1885 - 1966) llegó a Chile desde el cráter de un volcán. De un volcán apagado, afortunadamente. En su cima estaba asentado el pueblo de Corvo, en una de las pequeñas islas del archipiélago de las Azores. Su viaje a nuestro país fue determinado tanto por los relatos del padre, quien había visitado la zona penquista, como por un tío establecido en Santiago, con una librería, desde 1875.

Tras algunos trabajos distintos, Nascimento decidió, en 1917, continuar la tradición editorial, mantenida por Rafael Jover, entre otros, referente a la publicación de autores nacionales. Afirmaba el editor: "Me propuse imponer el libro chileno literario como manifestación evidente de una literatura chilena. Con algunas contadísimas excepciones, los escritores nacionales no interesaban al público. El público que frecuentaba las librerías era, en general, de formación espiritual puramente francesa, de una refinada cultura. Con algunas excepciones, los autores chilenos no lograban interesar. Ahora observo complacido y lleno de satisfacción, que el mayor cambio en el negocio editorial es la devoción del público por el escritor nacional. Cree en él".

Mucho de este interés por el creador nuestro está en el haber del editor. Nascimento no sólo publicó libros de autores consagrados, en el alcance que esta denominación tiene en nuestro medio, sino su preocupación le llevó hasta la impresión de autores que recién se iniciaban, o de escritores que tendrían que esperar mucho y muchísimo para llegar al conocimiento del lector.

Pienso, al escribir estas líneas, en una de las obras más significativas, singulares y maravillosas de nuestra literatura, y que ha tenido, hasta el presente, una tan escasa difusión: "Crónica del hombre", de Hernán Jaramillo, editada por Nascimento, a pesar de los pesares tanto intelectuales como económicos.

A la muerte de George Nascimento esta empresa editorial pudo seguir adelante, gracias al feliz acuerdo de sus herederos, manteniendo la misma línea con respecto a nuestros escritores.

Sin embargo, ahora, tenemos que lamentar el cierre de esta actividad editora.

Verdaderamente, cuesta un mundo referirse a Nascimento en tiempo pasado. ¡Pero si era apenas ayer cuando nos citábamos en su librería, de Ahumada! ¡Y pensar que hace cincuenta años, o más, de tales reuniones! Allí estaba Eduardo Barrios, con su sencillez congénita, Domingo Melfi, mi decisivo director, Rafael Maluenda, Hernán Díaz Arrieta, José Santos González Vera, con sus inagotables pastillas

de menta, Luis Durand, Mariano Latorre, el gentil amigo, el inapreciable narrador, Francisco Encina, algunas veces, y tantos y tantos otros.



Braulio Arenas

SUS AMIGOS, LOS ESCRITORES

SUS AMIGOS, LOS ESCRITORES

Don Carlos integró en forma activa la "fauna" literaria de su época. Muy lejos estaba de ser un frío empresario que analizara las posibilidades materiales de una futura edición.

Era frecuente en él, al margen de las citadas tertulias de la librería, alternar con autores consagrados y noveles, así como con simples "dilettantes", en la mesa del café, en la cena y hasta en el paseo dominical. Su mundo era la creación literaria, aunque él personalmente no integrara el contingente propiamente creador. Tal vez la palabra familia sea la más aproximada para definir este tipo de relación.

Se formó una simbiosis bastante especial gracias a la cual los autores dependían del editor y el editor dependía de los autores sin que, ¡jeste rasgo parece increíble!, ninguna de las partes intentara explotar a la otra.

NERUDA "AL CUADRADO"

Nascimento hizo célebres en su época los libros cuadrados de poesía. La idea fue de Pablo Neruda, quien exigió ese corte cuando publicó "Crepusculario". La iniciativa encontró tanta aceptación que, pese al desperdicio de papel que significaba, Nascimento la hizo extensiva durante varios años a todas las creaciones líricas.

UNA HOJA BRILLANTE

El nombre de Carlos George-Nascimento (padre e hijo) está ligado íntimamente a la historia de Asimpres.

El 4 de diciembre de 1930 se fundó en Santiago la Asociación de Impresores de Chile. Entre los firmantes del acta constitutiva, aparece el nombre de Carlos George-Nascimento.

Cincuenta y cinco años después, Nascimento continuaba apareciendo entre los miembros de Asimpres.



ue Carlos George-Nascimento padre quien integró el grupo de visionarios

que permitió el surgimiento de nuestra asociación. Y fue su hijo del mismo nombre quien, al estilo de un atleta de la antigua Grecia, cogió la antorcha y continuó la trayectoria iniciada por su progenitor. Es así como al finalizar la década de los cuarenta, exactamente el 17 de octubre de 1949, Carlos George-Nascimento hijo es nombrado miembro de la Comisión Asesora del Directorio para estudiar la solución de los pliegos de peticiones. Ese sería el comienzo de una dilatada y rica sucesión de actividades en beneficio del gremio que lo hicieron cuatro veces presidente, cinco veces vicepresidente, director en innumerables ocasiones, miembro de comisiones diversas e, incluso, gerente, cargo que desempeñó desde el 24 de marzo de 1970 hasta el 22 de abril del año siguiente. También le cupo presidir la Primera Convención Nacional de la Industria Gráfica llevada a cabo el 8 de diciembre de 1950.

Como puede apreciarse, se trata de un "curriculum" impresionante, sin parangón entre nosotros. Con todo, cabe subrayar que su preocupación esencial, el énfasis predominante en todas sus actuaciones, fue el aspecto gremial. Su pre-

sencia fue siempre determinante en comisiones encargadas de estudiar problemas de convenios laborales, relaciones con otras entidades, etc., etc.

Tan meritoria hoja de servicios motivó que se le concediera la calidad de socio honorario el 31 de agosto de 1978.

Hitos relevantes

En una ordenación cronológica, reseñamos a continuación las más importantes actuaciones de los Nascimento según los anales de nuestra organización.

1930. El 4 de diciembre, Carlos George-Nascimento padre firma el acta de constitución de Asimpres.

1949. Carlos George-Nascimento hijo es nombrado como miembro de la Comisión Asesora del Directorio para estudiar la solución de los pliegos de peticiones.

En diciembre de este año, es designado sucesivamente director y presidente de la Asociación.

1950. Presidente de la Primera Convención Nacional de la Industria Gráfica.

1952. Termina su período como director y presidente.

1953. Miembro del Consejo Consultivo de la Asociación y de

las comisiones internas de la Sociedad de Fomento Fabril en representación de Asimpres. En octubre, vuelve a ser elegido director y, el 3 de noviembre, vicepresidente.

1954. Reelegido como director y designado presidente.

1955. Al terminar su período como Presidente, es reelegido como director.

1956. Reelegido director.

1959. Designado director y presidente subrogante. En julio del mismo año, elegido director y designado vicepresidente.

1960. Reelegido director.

1962. Elegido director y designado vicepresidente.

1965. Elegido director y designado presidente.

1966. Al terminar como presidente, es reelegido director.

1968. Elegido director y designado vicepresidente.

1969. Designado presidente hasta el 31 de julio, fecha desde la cual continúa como vicepresidente.

1970. Nombrado gerente de la Asociación.

1971. Con fecha 22 de abril, presenta su renuncia al cargo.

1978. Designado socio honorario por servicios distinguidos al gremio y a la Asociación.

El nombre de Nascimento no será tachado de la lista de asociados de ASIMPRES,, hacerlo, sería renunciar a uno de sus símbolos más valiosos y olvidar uno de los ejemplos más aleccionadores.

D

ara la Litteratura Chilena del siglo hubo un apellido que iluminó

sus páginas: **Nascimento**. El apellido nombraba a un hombre con el tino suficiente y la suficiente generosidad para comprender que trabajar libros es tan noble, como abrir surcos. Era don Carlos. Así, sencillamente: don Carlos. Vino al país para laborar en la alta faena de sembrar ideas, derramar poesía, ensanchar la frente de un pueblo. La cumplió con hermosa conciencia. Día a día, en su imprenta y en su librería, se lo vió vigilante, como atalaya de porvenir, preocupado porque los volúmenes de su editorial no contuviesen sino calidad, claridad y elegancia.

Era alto, nervioso, encuestando con la mirada que protegían sus anteojos, activísimo, gentil para escuchar y para aconsejar. Nunca dijo un no heridor al escritor de escasa mira. Trató de engrandecer en los hombres el grumo de luz que todos llevan adentro. Esta virtud suya explica por qué los libros de Gabriela Mistral y Pablo Neruda ostentan, en sus ediciones de ascenso, el **Nascimento** clásico que analtecia y comprometía. Entendió, entonces, el genio que latía en ambos y no vaciló en la empresa de lanzarlos a la gloria. No equivocó el cálculo. A la sombra de la "N" reveladora, surgió **lo Nuevo** de la Poesía Chilena.

Don Carlos tomaba los libros, con amor, protegiéndolos. Los llevaba, celosamente, a la imprenta, se desvelaba por la elección de los tipos y del papel, por la límpidez de los textos, libres de error. Contemos, una vez más, la atención con que preparó, en 1923, "**Desolación**" de Gabriela Mistral. Encargó a Eduardo Barrios la elección de los tipos Sorbonne de "cuerpo 12" que formalizaron las estrofas, imprimiéndose en máquina "Marinoni", al amparo de don Guillermo Hino-

josa Barrenechea, Director Regente de la editorial. Escogió a los maestros gráficos de mayor diligencia. Estos fueron los señores: José Moya y Emilio Ramos (cajistas), Luis Muñoz (prensista), José Gutiérrez (jefe de encuadernación), y Diego González (asistente de la edición). Queden, aquí, sus nombres como justa evocación de su tarea en la obra que dignificó el habla de la mujer americana. Codo a codo, con sus maestros, don Carlos descubrió cómo se levantaba el verbo de Gabriela, cómo de su casa emergían aquellas luces que permanecen victoriosas en el idioma.

Un año después, repitió este goce de hombre de libros, prohiendo "**Veinte Poemas de Amor y Una Canción Desesperada**", de Pablo Neruda. Si la Mistral era sangre malherida, Pablo enrojecía los tipos, con el fuego de sus versos, enseñándonos las "blancas colinas" del precioso paisaje del cuerpo de la mujer y de qué modo el amor suelta, delirante, su "bandada de flechas".

El bien de don Carlos se multiplicó en su librería de Ahumada 125, frente al café "Astoria", lugar

donde, en muchas ocasiones, oyó la lectura de obras que se le ofrecían y que aromaban la esperanza y el café del escritor. En medio de una galleta y de un sorbito ansioso, cuántos recibieron "la bendición" de don Carlos:

- Está bién, está bién... Váyase tranquilo. Editaremos su libro.

Los autores salían a la calle, contemplándola, ahora, como una vía segura a la gloria.

En Ahumada 125, los escritores chilenos, los criollistas, los primeros, establecieron un ritual: a mediodía, cada día, se reunían para charlar, "pelando", de paso, sin palabras amargas. El cañonazo del "Santa Lucía" y la tertulia en Nascimento marcaban las 12 en Santiago de Chile. Mariano Latorre traía su maletín pedagógico que contrastaba con el bastón gordo del querido "gordo Durand"; Ricardo A. Latcam, (no le podríamos suprimir la "A" decisiva de **Altura**), recorría los mesones de libros, dictando sapiencia y tirando orejas; Benedicto Chuaqui penetraba en el local, husmeándolo, como el queso de la fama, dispuesto a continuar la charla en el restaurante "Naturista", vecino a Nascimento; Víctor Castro, Luis Merino Reyes y Antonio de Undurraga, constituidos en trincheras de juventud, dialogaban en no agresivos apartes; Leoncio Guerrero "maulinizaba" las conversaciones. Los sábados aumentaban los amigos: Milton Rossel aparecía, elegante y cordial, alguna escritora paseaba el frescor de su presencia. En silencio, complacientes, Artidoro Villablanca y María Ramos recogían la historia de las letras chilena que, allí, se tejía. De repente, nos hallábamos con Domingo Melfi, director de "Atenea", quien, discretamente, se acercaba a uno y le anunciaba, casi en susurro:

- Pase por el chequecito...

Como una sorpresa muy grata, solía incorporarse a la tertulia don Enrique Molina, venido desde su Rec-



toría en Concepción. Don Enrique charlaba, moviendo sus manos en altos, como en oración, dedo con dedo entreabiertos. Acá, se informaba del paso de la Literatura Chilena e invitaba a su universidad, para una conferencia. Don Enrique sonreía, modestamente, escondiendo su autoridad.

Un sábado, se presentó, tranquilamente, un caballero de **jockey** que abandonó su bicicleta a la entrada de la librería. Era Ricardo

Puelma, autor de "**Arenas del Maipo**". Intimamos. Hablando, más tarde, nos contó que acostumbraba dejar sobre la tierra del jardín de su casa las cuartillas que escribía. Pensaba que la tierra las fortalecía. El poeta David Perry opinaba lo mismo: durante sus conferencias, se sacaba los zapatos, (se achicaba, súbitamente, frente al público), confiando en que el contacto con la tierra lo ayudaría en su inspiración.

La tertulia duraba hasta la una. Don Carlos nos despedía, yéndose con los bolsillos llenos de pruebas y originales. Gustaba corregir él mismo. El poeta Luis Berninsone fue corrector de Nascimento. Es posible que a más de un poeta le haya enmendado versos. En la caja de la librería el correo tenía un serio competidor: los escritores dejaban, allá, su correspondencia. Don Carlos, afablemente, los advertía:

- En la caja, hay una cartita para usted...

Los jóvenes de 1940 somos los viejos de 1986. Todos recibimos de don Carlos el aliento y la honra de ser editados por aquel sello que proporcionó tantas alegrías, cuando Nascimento nos invitaba a tomar de sus manos, el primer ejemplar de un libro nuestro:

- Ahora, esperemos lo que diga la crítica. Que tengamos suerte...

Don Carlos se adentraba en la aventura de cualquier tomo que editaba: autor y editor se troncaban en una sola persona. A don Carlos lo halagaban los triunfos y le dolían las espinas de sus compañeros. Para su medida parecía hecha la frase de Emerson: "No es tan breve la vida como para no tener tiempo de ser cortés". Su cortesía fue llave de amistad y de cultura.

Por cortesía y por agradecimiento de escritor, por reconocimiento a sus dotes, (don Carlos usaba "el don Pablo", "el don Alberto", "el don Andrés"), trazamos este relato suyo y de su hazaña de señor de libros chilenos. No los escribió. Pero, henchió a la patria con la palpación que le crearon sus hijos. Qué hermoso sería que la Municipalidad de Santiago colocara una placa recordatoria de Ahumada 125, indicando a los que pasan que, en este espacio de la calle, se ganaron innumerables batallas del espíritu nacional. Sería el homenaje cabal para un extranjero ilustre que nos ayudó a enriquecer de horizontes el "Alma Chilena".



Don Carlos George-Nascimento recibió el reconocimiento que su labor merecía. La escena recuerda la entrega de la Orden al Mérito.



Apacible cuadro familiar captado durante sus últimos años. Arriba, a la izquierda, su hijo del mismo nombre, quien prosiguió la tarea paterna y cumplió una acción brillante en Asimpres.

CARLOS GEORGE NASCIMENTO



na tarea cumplida hasta el límite de las fuerzas y las posibilidades,

una tarea de fidelidad heredada, y una herencia noble y difícil a la que tanto deben la cultura y la creación literaria chilenas, es la que significa este apellido. Es casi imposible concebir la madurez de nuestro quehacer novelesco, poético, sin el apoyo, el aliento, la fe que existió tras cada edición, que bajo su sello, lanzaba don Carlos Nascimento.

Todos los nombres que fueron, en el momento más necesario, recibieron el espaldarazo de este pastor de la discolia grey de los escritores. Su amor a la literatura, ese amor y respeto que nos comunicó, se revelaban en la calidad de sus ediciones, limpias, cuidadas, de un albo y esponjoso papel lleno de silencios donde la palabra cantaba. Se comenzaba a venerar la obra apenas se la tocaba desde la portada con los ojos. Fuera de esta condición de lanzar nombres como llamados de atención, se advertía ese tono de respetuoso homenaje en el cuidado y calidad con que re-

vestía la obra ajena. Un libro, para don Carlos, era una suma, sobre la que se erguía con la imagen refleja de la cultura, la faz espiritual de un país. En toda historia de la literatura chilena, por derecho propio, le cabe a la obra total de ese sello editor, la expresión valorativa de su influjo en la existencia visible y sostenida de la posibilidad real de su existencia.

Quien recibe una herencia de tal calidad y significación, si lleva consigo el respeto a esa primogenitura espiritual y si se siente llamado a perpetuar noblemente un nombre, le cabe, más allá de todas las contingencias, la responsabilidad de mantener y acrecentar la órbita generosa de lo ya realizado. Carlos George Nascimento lo ha hecho, siguiendo la línea inaugural y con magnificencia. En su obra tuvo, y la tiene en lo humano, cualidades de finura, de respeto, de paciencia inagotables en medio del torbellino de las susceptibilidades vanidosas de los hombres de letras. Lo imponente de su figura es aliado protectoramente para él, de su amabilidad, destaca en lo físico y en lo anímico, porta con naturalidad una paz comunicativa, una cálida com-



Roque Esteban Scarpa

prensión, en suma, un señorío, que hizo de su editorial y su librería, de sus ediciones y sus tertulias, de todo aquello que prohió, algo muy especial, revestido de simpatía y humanidad. Amplió el índice de nombres de sus escritores editados, apoyó a nuevos, estuvo presente en todo acontecimiento que tenía relación con la cultura, gastó sus energías, sin decrecimiento de su fe, en los momentos más tensos e irrespetuosos de nuestra vida histórica.

El nombre de su padre, el de su familia, el suyo propio, con toda su carga de significados, estuvo, y seguirá estando, ligado a lo que se hizo, se está haciendo, y seguirá haciéndose en la línea creadora de nuestra literatura. Carlos George Nascimento es como aquellos varones con quienes Dios sellaba un pacto, espiritual y físico en el tiempo, para la propagación de una estirpe y un sentido de la vida, don Carlos y Carlos George Nascimento son patriarcas, elegidos interiormente para una misión de trascendencia, la han cumplido heroicamente. El nombre esencial de Chile les debe un permanente recuerdo.

¿PAGO DE CHILE?

Nascimento ignoró el llamado "pago de Chile", eufemismo con que hemos bautizado la criolla ingratitude.

Por el contrario, sus méritos no sólo fueron apreciados en los círculos intelectuales, sino que trascendieron a ámbitos más amplios. Fue así como durante la presidencia de Gabriel González Videla se le impuso la condecoración "Al Mérito Bernardo O'Higgins" en reconocimiento a su formidable tarea editorial. Algunos años después, la Ilustre Municipalidad de Santiago le concedió un premio especial que no alcanzó a recibir personalmente pues falleció unos días antes. Fue el mayor de sus hijos el encargado de representar al visionario impulsor de nuestra literatura en una ceremonia que, por la circunstancia señalada, estuvo cargada de emotividad.

CERRO LIBRERÍA NASCIMENTO



a clausura de una librería siempre es penosa. Y la demolición, so-

brecedora. El aniquilamiento de una librería me evoca un poco a una muerte humana: podrán haber otras creaturas, otros "nacimientos", pero el que murió será irreversiblemente un muerto. En el terreno eriaz que quedará en la calle San Antonio tal vez se edifiquen pisos adecuados para estos tiempos, que incluyan algunas boutique, tiendas de electrodomésticos, agencias de turismo, de importaciones coreanas y de

en publicaciones en promoción a través de sus boletines bibliográficos o de sus vidrieras de ventas. Sumo a la de ellos mi gratitud profunda. Varias veces acompañé a escritores (con un "original", por cierto) hacia esa semipenumbra en calle Arturo Prat, donde en un atllito de imprenta estaba Carlos hijo. Me parecía un director de orquesta en plena afinación de instrumentos previo a un ensayo. Así el hojeaba sus partituras mientras las máquinas rechinaban. Todos esos es-

La anticomercial consulta daba tiempo para oír, entrecortados por puntos suspensivos, y risas fumadoras, a Alone, González Vera, Hernán del Solar, Hugo Lindo y Guzmán Cruchaga. Cuando ellos ya no fueron se relegó a los sábados la tertulia literaria, posibilitando así la presencia de escritores de provincia,

EL MERCURIO

Santiago de Chile, Domingo 23 de Febrero de 1966

Cerró Librería Nascimento

LA CLAUSTRACIÓN de una librería siempre es penosa. Y la demolición, so-
brecedora. El aniquilamiento de una librería me evoca un poco a una muerte humana: podrán haber otras creaturas, otros "nacimientos", pero el que murió será irreversiblemente un muerto. En el terreno eriaz que quedará en la calle San Antonio tal vez se edifiquen pisos adecuados para estos tiempos, que incluyan algunas boutique, tiendas de electrodomésticos, agencias de turismo, de importaciones coreanas y de

Y más destacados que conozco no sé de alguno que nada le daba a la Empresa Nascimento. Si no en publicaciones sino en la librería pidiendo "La amortajada" o "Veinte poemas de amor" o "Las flores del mal", pues sabemos que siempre estaban agotados. La anticomercial consulta daba tiempo para oír, entrecortados por puntos suspensivos, y risas fumadoras, a Alone, González Vera, Hernán del Solar, Hugo Lindo y Guzmán Cruchaga. Cuando ellos ya no fueron se relegó a los sábados la tertulia literaria, posibilitando así la presencia de escritores de provincia,

Para escucharlos, los principiantes en literatura inventaban pretextos. Y el más socorrido y barato era irrumpir en la librería pidiendo "La amortajada" o "Veinte poemas de amor" o "Las flores del mal", pues sabemos que siempre estaban agotados. La anticomercial consulta daba tiempo para oír, entrecortados por puntos suspensivos, y risas fumadoras, a Alone, González Vera, Hernán del Solar, Hugo Lindo y Guzmán Cruchaga. Cuando ellos ya no fueron se relegó a los sábados la tertulia literaria, posibilitando así la presencia de escritores de provincia,



(Sería la misma la historia literaria de Chile sin aquella imprenta, sin esas tertulias, sin la humanidad de don Carlos, de Carlos infinitas. Y que Dios les pague, familia Nascimento)

sin descuidar sus trabajos locales.

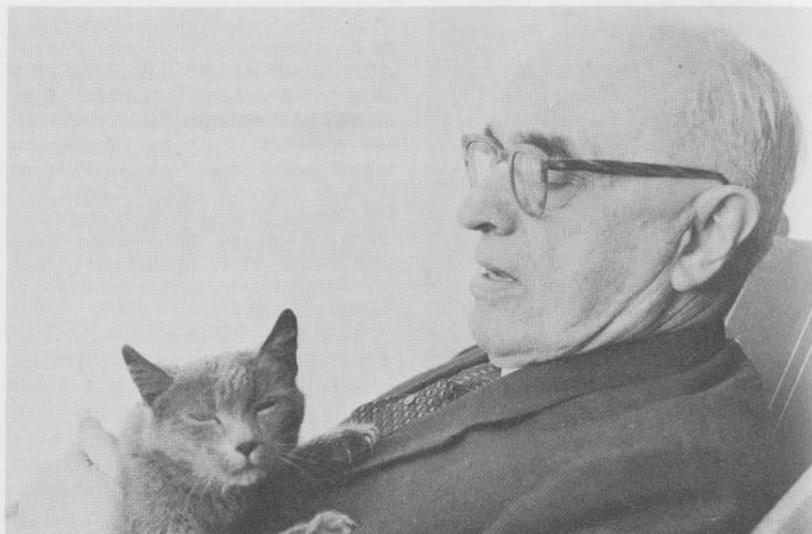
Esas sesiones eran presididas por Oreste Plath, desde un sillón sólo suyo, junto a un ventanal indiscreto sobre el tumulto callejero. María Nascimento, sonriendo siempre y con paso silencioso nos agasajaba con aperitivos de distinto color según la estación del año. Cada cierto rato crujía la escalera de ese segundo piso y las miradas se volvían expectantes. Como apostando a si quien llegaba sería otra poetisa o algún Premio Nacional o algún ojeroso e intenso escritor austral.

La librería ya desmantelada parece el casco de una nave hueca que irá desapareciendo con la llegada del invierno. ¿Sería la misma historia literaria de Chile sin aquella imprenta, sin esas tertulias, sin la humanidad de don Carlos, de Carlos George, de María? Gracias infinitas. Y que Dios les pague, familia Nascimento.

Rosa Cruchaga de Walker
(De la Academia Chilena de la Lengua)

¡ADIÓS, NASCIMENTO!

Don Carlos acaricia a su mascota. No obstante, en el fondo de su corazón, la gran mascota de su existencia fue la literatura chilena.



L

as claves de la historia de la Editorial Nascimento se encuentran en

un libro sobre Francisco Antonio Encina que escribiera Guillermo Feltú Cruz. ¹ Allí, además, hay una muy bella estampa de la figura y la obra de bien público que, mediante la cultura, realizara don Carlos George Nascimento (1885-1966). Al fallecer un tío suyo, en 1917, debió don Carlos tomar a su cargo la administración de una librería llamada de "Nascimento", en donde existía un conjunto respetable y abundante de las novedades europeas del momento, que recogía constantemente un número de lectores muy aficionados a recibir las novedades de Francia y de España.

Al comenzar a administrar la librería, recibió constantes peticiones, de provincias, de Santiago y aun del extranjero, para que ubicase obras dramáticas, novelas, ensayos, historia, poesía y cuentos de autores nacionales. A don Carlos, la librería le había interesado como las primicias de una editorial, y se empeñó en lograr que dicho deseo se tradujese en una cuestión muy real y concreta. Con paciencia, faci-

lidades y un ánimo envidiable de trabajo, pagó a los herederos. "En ese tiempo —dijo—, yo sabía tanto de vender libros y de hacerlos, como lo que hoy sé de aviación"².

El acta de nacimiento de la novísima casa editora, en 1917, consistió en una segunda edición de la **Geografía Elemental**, de Luis Caviedes. "Era un tomito de 96 páginas que ostentaba como pie de imprenta el siguiente: **Casa Editora: Librería Nascimento, 1917. Imprenta Universitaria, Santiago de Chile**"³. Ganó algo de dinero y, con el ingreso de un socio, el ingeniero Raúl Simón, que escribía en el diario **La Nación** con un seudónimo tomado de una novela de Julio Verne, **César Cascabel**, pudo don Carlos, en 1918, internarse muy adentro en ese mar para el cual calza plenamente el adjetivo "proceloso".

El creía en el libro chileno y en la presencia de un público que tácitamente se hallaba dispuesto a requerir de un editor. Para eso se encontraba animado de fe y coraje. En el mismo año del que hablamos, ambos socios publicaron, con la marca de la Editorial Nascimento,

El Hermano Asno, de Eduardo Barrios; **La Señorita Ana**, de Rafael Maluenda, y **Cien Nuevas Crónicas**, de César Cascabel. Poco después, debido a la necesidad de atender de llenos sus exigencias profesionales, Raúl Simón dejó la sociedad y don Carlos dio un salto espectacular, que equivale a triple vuelta en el aire, sin red: publicó una recopilación de alrededor de 400 páginas hecha por Armando Donoso, de **Poesías**, de Pedro Antonio González. Más tarde, el editor diría que a él le gustaba la poesía, aunque como editor la considerase una forma elegante de suicidio.

Con licencia de su esposa, que toleró ver la imprenta en medio del hogar, Arturo Prat 1434, don Carlos adquirió una prensa "Marinoni" y una linotipia. Ya el primor de la letra, una de las virtudes mayores de su arte gráfico, fue constituyéndose en su sello de amor por los libros, y el primero, nacido de esas máquinas endiabladas, fue **Desolación**, de Gabriela Mistral (1923), en el que empleó el tipo Sorbonne, inolvidable y hermoso, en medio de los desafíos de la eliminación de la mayúscula, que patrocinaba la gráfica de la Bauhaus.

Eduardo Barrios, quien ayudaba con sus consejos a don Carlos, le

envió a un joven poeta, Pablo Neruda, con el original de un libro que en esa casa se publicaría: **Crepusculario**. De él se acordaba Nascimento: "Siempre pedía tipografía y disposiciones especiales. Introdujo la moda de los libros cuadrados de poesía, que después pedían los poetas jóvenes y que significaban una gran pérdida de papel por la forma del corte"⁴.

Con los años, todo marchó bien. No se enriquecía el editor, pero contribuía a fijar el nivel de lectura del país, no dejando atrás ni la novedad ni lo clásico. La plana mayor de los criollistas halló en él un hombre que los acompañaba en esos viajes de caza mayor por Chile. En 1945, desde Los Angeles, ciudad en la que yo vivía, envié una botella al mar. Para mí sería un salvavidas: el catálogo de Nascimento. La respuesta llegó en un sobre ancho, donde se leía ni nombre, acompañado de un visible "Señor", lo cual era casi como ser armado caballero andante a los quince años. Devoré el catálogo como si fuese un postre de ley, y pedí tres libros que no olvidaré; **El Socio**, de Jenaro Prieto; **El Rey Leproso**, de Pierre Benoit, y esa pequeña historia de la literatura que escribiera Alone. A partir de ese día, no falté al Correo, en busca del tesoro.

Y llegó. Al tener los libros en mis manos, en ese otoño muy frío, sentí que el libro, en forma de unos pulcros volúmenes, volvía cálidas mis manos. Poco después, encargué las bellísimas ediciones de **Paso de sombra**, de Angel Cruchaga; de **Camino del alba**, de Oscar Castro; de **Crepusculario**, de Neruda, y de **U**, de Pablo de Rokha. La fiesta era ya como compartir con John Silver el Largo aquella afamada botella de ron y el cofre del muerto.

¿Qué puedo decir de las librerías? No conocí la de Ahumada 125, de la que me habló con fascinación Antonio Acevedo Hernández, quien contó que, como los textos teatrales no se vendían ni en semanas de

tres jueves, allí se encontraba "todo" el teatro chileno que pudiera imaginarse. Mi primer descubrimiento fue el de aquella enorme "Librería Nascimento" de San Antonio 390 (en donde hoy se halla el Café Paula, en diagonal con el Teatro Municipal). Había una vitrina enorme, la cual permitía la exhibición de novedades (no menos de cuatro o cinco títulos mensuales, sin contar las reediciones) previamente anunciadas por la prensa, cuando un escritor podía pagar los costos de la publicidad moderada de la prensa, sin que fuese a galeras por insolvencia.

Los vendedores gentiles, inteligentes, expertos y amables eran parte de esa andante caballería del libro. Se llaman Artidoro Villablanca, María Ramos, y un joven, que hacía su vela de armas, Custodio. Fui testigo, en 1948, de una avenida del río de lectores. La que motivó la aparición de **Gran Señor y Rajadiblos**, de Eduardo Barrios. Los paquetes con el libro ya estaban hechos, para evitar demoras, y la caja sonaba con un retintín alegre. Se vendía como las empanadas después de la misa de doce. Yo era un joven estudiante y a veces me sentaba a conversar con don Eduardo, quien, instalado en una silla, muy cerca de la caja, "bajaba" al centro como a las seis y media. Ponia mirada de tertuliano, pero en el fondo, con ojo de buen cubero, examinaba al público. Yo lo interrogaba, en la Librería, con esa pasión muy propia del intruso admirativo, acerca de sus preferencias literarias del momento. Tolerándome con sana discreción, replicó: "Me gusta mucho Somerset Maugham, y he disfrutado últimamente con **El Filo de la Navaja**. Es observador, no pierde jamás oportunidad de encajar una anécdota y desarrollarla hábilmente. Sus personajes están siempre vivos e interesan al lector, sin trucos. Parece que no hace ningún esfuerzo, y sin embargo ¡cuánto trabajo!".

¡Tanto libro y tanto amor por él! Esa labor monumental que fue imprimir los veinte volúmenes de la **Historia de Chile**, de Encina, y el éxito de **Frontera**, de Luis Durand (1949). Y la maravilla de cambio de visión del mundo, cuando apareció allí la primera edición de **Hijo de Ladrón** (1951), de Manuel Rojas. Ni qué hablar del trabajo en la Editorial de su familia: Elena, María y Carlos (hijo). Y los consejeros literarios, de los que olvido a muchos: Armando Donoso, Raúl Silva Castro, Mariano Latorre, Ricardo A. Latcham, Hernán del Solar.

En 1974, la reciente amistad con Carlos George Nascimento (hijo) renovada constantemente con una admiración mía de paquidermo por él y por su labor me convirtió en una especie de asesor literario **in partibus infidelium**. Mi mayor empeño consistió en acrecentar la "Biblioteca Popular Nascimento", creada bajo la dirección de Hernán Loyola, quien había salido del país momentáneamente, y en escribir decenas de prólogos, con el fin de "cubrir" los vacíos de compromiso de algunos escritores amigos que, mediante un muy buen "Si" criollo, se habían comprometido para cumplir tal faena.

Al ver el último día de la librería, y de la Editorial, me sentí en uno de esos menesteres de "huerfanías", que ha llamado el poeta Jaime Quezada, y sentí que nuestra orfandad colectiva era mayor. Ya ningún adolescente podrá pedir jamás un catálogo para mejorar la calidad de su vida. Inflexible, el correo devolverá la carta con unas señas, por timbre, que ha de decir, como aquel verso lejano de Pedro Salinas: "¡Cerrado por ausencia!"

Alfonso Calderón

NOTAS

1 Francisco A. Encina, *historiador (Editorial Nascimento, Santiago, 1967.*

2 Feliú, *op. cit.*

3 Feliú, *op. cit.*

4 Feliú, *op. cit.*

UN CIERRE IRREMEDIABLE

H

ace sólo algunos años, en 1978, por iniciativa de la

Agrupación

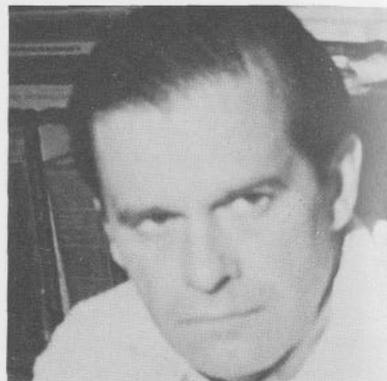
Amigos del Libro que anima generosamente Oreste Plath, varias instituciones culturales y un importante grupo de escritores conmemoraron los 102 años de existencia de la Librería Nascimento y los 60 de la Editorial del mismo nombre. En esa oportunidad, en una misa celebrada en la Iglesia Catedral de Santiago, Monseñor Fidel Araneda Bravo, a la fecha Vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile y Secretario de la Academia Chilena de la Lengua, en su elocuente homilía, hizo una acertada semblanza del editor Carlos George Nascimento (1885 - 1966) y esbozó la historia de la editorial que fundara en 1917.

Ninguno de los firmantes de esa justa recordación podía, sin embargo, sospechar que ocho años después esas dos grandes instituciones de nuestra vida cultural deberían cerrar sus puertas. Nascimento nos parecía a todos algo inamovible, como la cordillera de los Andes o el travieso e irrisorio Mapocho. Toda nuestra vida, en verdad, había pasado por ese sello editorial, desde los textos de estudios y nuestras primeras lecturas hasta el descubrimiento o el hallazgo de este o ese joven escritor. Recuerdo haber comprado en Nascimento cuando adolescente **mis** primeros libros: el **Portales** de Encina, el **Proemio** de Luis Barros Borgoño a la historia del Gobierno de Montt de Alberto Edwards y **El viaje literario** de Domingo Melfi. Hasta hoy suelo releer provechosa y apasionadamente a Melfi, Encina y Edwards.

Uno de los principales editores franceses de la primera mitad de este siglo, Bernard Grasset, definía a la **personalidad** de un editor por los autores que había congregado en torno suyo. Para Grasset, la labor editorial era un acto sustan-

cialmente creativo, desde su fundación hasta la elección de cada obra que ofrecía al público lector. Cuando repasamos, no sin cierta melancolía, el viejo **Catálogo de Nascimento** podemos constatar que ninguno de nuestros grandes escritores de este siglo está ausente de sus páginas, desde Gabriela Mistral, Pablo de Rokha y Pablo Neruda hasta Nicomedes Guzmán, Braulio Arenas y José Donoso.

Nascimento, de este modo, no sólo fue un tramo decisivo de nuestra historia cultural, sino, además, seguirá siendo parte esencial de nuestras vidas. Fue en los libros escapados de sus prensas que aprendimos a apreciar, entre otros, a Federico Gana, Enrique Molina, Eduardo Barrios, Juvencio Valle y Nicanor Parra, o descubrimos a Radiguet, traducido por Alone, a Rilke, por Yolando Pino, o Anatole France, por Neruda. Con el cierre de las puertas de Nascimento es,



Martín Cerda

Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile

en verdad, una parte de nuestra vida y de nuestra historia la que se cierra irremediamente.



Fachada de la librería en calle San Antonio. El paso del tiempo ha hecho desaparecer un recuerdo gráfico de la que abrió este capítulo de nuestra historia editorial y literaria, en la calle Ahumada (Hoy, paseo del mismo nombre).

El material referente al cierre de Editorial Nascimento, habría sido imposible de obtener, sin mediar el desinteresado y eficiente esfuerzo de la gente que ha estado muy ligada a la Asociación a través de la Comisión Nacional del Libro.

La señora María Teresa Herreros y los señores José Manuel Zañartu y Eduardo Castro nos dieron las indicaciones preliminares y el ánimo necesario para acometer esta labor. Su conocimiento del tema y su entusiasmo nos encaminaron en el país de las letras.

Pese a lo anterior, si el señor Eduardo Castro no toma la tarea como propia, no habríamos llegado al final. En efecto, su contacto personal y su insistencia obtuvieron las colaboraciones de los autores que tan sinceramente han expresado su sentimiento ante el reciente término de Editorial Nascimento.

Agradecemos profundamente la absolutamente desinteresada colaboración de la señora

Rosa Cruchaga de Walker.

y los señores

Braulio Arenas;

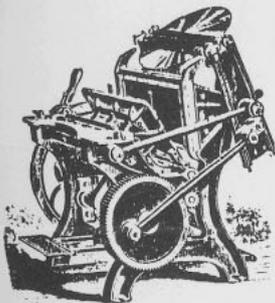
Alfonso Calderón;

Martín Cerda;

Andrés Sabella y

Roque Esteban Scarpa.

MUCHAS GRACIAS A TODOS



POR UNOS CUANTOS PESOS...

Carlos George-Nascimento era dueño de los derechos de edición de centenares, acaso miles de títulos. Muchos de ellos habían recibido la consagración crítica y del público. En su momento, el catálogo de Nascimento podía evaluarse en una fortuna.

Jamás intentó valerse de esa posición para engrosar sus arcas, aun cuando hubiera sido con el loable propósito de tonificar la empresa y, por ende, en beneficio de los propios autores. No pretendemos afirmar tampoco el absurdo de que las cosas las llevaba a cabo "por amor al arte" sin percibir centavo alguno en su provecho. Nada de eso, porque en ese camino la editorial habría sucumbido muy pronto.

Lo concreto: cuando algún autor, o la viuda de alguno que había cosechado a través de Nascimento los laureles de la consagración, se veía en la necesidad de hacerse de algún dinerillo y otra editorial le ofrecía publicar determinada obra de éxito ("calada" como las sandías...), en teoría deberían pagarse a Nascimento los derechos respectivos. Bastaba una visita, a veces una misiva y hasta una llamada telefónica para que don Carlos concediera la autorización sin cobrar absolutamente nada.

¡Qué contraste con otros campos de la actividad humana, donde la palabra "royalty" ha pasado a ser sinónimo de enriquecimiento y hasta de expoliación!

SORPRESA EN MOSCU

Corría 1952 cuando Carlos George-Nascimento hijo debió efectuar una extensa gira por varios países europeos y asiáticos. Mientras se hallaba en Moscú, fue invitado a conocer un salón especial, emplazado cerca del célebre centro artístico Bolshoi, en el cual se exhibían los principales obsequios de todo el mundo recibidos por el jerarca soviético Stalin. Grande fue la sorpresa y, obviamente, la alegría del curioso forastero cuando observó que, en lugar preferente, aparecía un ejemplar de "Residencia en la Tierra" de Neruda en una cuidada edición de Nascimento.

CONCURSO LITERARIO

Curiosamente, en la historia de Editorial Nascimento sólo aparece un concurso literario. El certamen tuvo lugar en 1953 y el premio principal consistía en la edición de la obra ganadora. El favorecido resultó ser **Ciro Alegría**, peruano, con "La serpiente de oro". **Ciro Alegría** fue, con justicia, considerado uno de los grandes valores de la literatura iberoamericana de su época.